

Vacaciones después, viajes al exterior, al través de calles, museos y sitios históricos, en compañía de monjitas alegres y complacientes. De pronto, la enfermedad en el hogar, la desesperación por la ausencia de los padres, el presentimiento de una partida para siempre, la súplica del retorno, el adiós a las compañeras y a las maestras, y luego, desde la proa de un buque, el tumultoso quiebre de las olas, que se van abriendo y que van como cantando, para que siga y avance hacia la patria...

Cariños infinitos, cariños definitivos, los del hogar y los del paisaje inicial, los de la tierra de las primeras luces y los primeros juegos! Emoción de la costa que en la lejanía señala la línea de la patria! Palmas desflecadas al viento, que se van agrandando y que se inclinan para el ritual saludo! Brazos después, los brazos amados de los padres, y sus bocas y sus caricias, las interminables preguntas, las sonrisas de satisfacción, el repaso, en el relato, de todo lo hecho, de todo lo gozado, de todo lo pensado en la ausencia, que, lo mismo que las olas, ha venido a morir sobre la playa...

Pocos días después, en el Río Grande, la colegiala de Wavre y su madre navegan silenciosamente. Van vestidas de luto y en el rostro llevan la señal de la garra que les pasó la vida. Había muerto el padre, el conductor, el animador, el consolador. Ah! cómo en la súbita desesperación, en medio de la tranquila felicidad de las aulas, había habido un presentimiento! La tragedia del alma está contada con la misma sencillez. Por eso impresiona más. No hay en todo el libro un deseo de hacer frases. Lo dictó el corazón. Sus pulsaciones se sienten. Es el ritmo normal. De pronto se acelera. Es el afán. Parece detenerse. Es la muerte. Y el lector adivina que la dama y su niña, vestidas de luto, navegando silenciosamente en el río de la patria, se están diciendo más sin las palabras que con los gritos y con las exclamaciones en torno del Ausente.

L. E. NIETO CABALLERO.

*Instantáneas neoyorkinas*, LUIS C. SEPÚLVEDA.—Bogotá, 2a. ed., 1939.

Luis C. Sepúlveda, poeta y escritor de grandes alegrías y de grandes decepciones, que tuvo el gusto y la audacia de entrevistar personajes mundiales sin desvanecerse, conservando siempre su malicia, su desenfado y su burla, escribió veinte y tantos poemas, *Instantáneas neoyorkinas*, para reírse de la grandeza, dolerse de las miserias y analizar la fuerza misteriosa y

en ocasiones equívoca de la capital comercial de los Estados Unidos. Ahora Antonio María Sepúlveda, su hermano "en la carne y en la emoción", acaba de lanzar la segunda edición de ese libro agotado.

Tiene Luis C. Sepúlveda mucho del filósofo *desabusé*, del crítico mordaz a quien un detalle de dolor conquista el corazón y hace que en él, como el agua de los pozos artesianos, brote la ternura. Tiene parentesco espiritual con Luis C. López. Como el tuerco mágico, ríe por no llorar, y penetra para descubrir llagas ocultas, quizás mentiras vitales, en todos los laberintos de la gigantesca urbe. Civilización que va invirtiendo valores, arrollando sentimientos, levantando hojarasca como el viento, poniendo polvos de oro sobre el barro. El poeta la mira como desde la esquina. Y su risa es amarga.

Ambiente de feria, opulencia y miseria barajadas. Times Square! "Nace en un cementerio, flor de putrefacción, y tiene todo el misterio de la encrucijada propicia para la puñalada a traición". Es Wall Street, "donde perdieron sus pudores el Bien y el Mal", donde los pueblos cambian su independencia por oro, donde frecuentemente "más de una soberanía está a precio de ocasión". El Bowery, donde la miseria "se ha fortificado para no desaparecer", "centro productor de la materia prima del bandidaje, de la prostitución y del poder", es "la antesala del presidio de Sing Sing"... "Meca del asesino y del ladrón", donde el crimen "compra su impunidad con el precio de su influencia en unas elecciones".

Park Row, cuna del periodismo, le arranca la reflexión pungente de que el capitalismo ha expulsado al literato y entronizado al capataz. "El Central Park es la mejor copia que la naturaleza puede hacer de lo artificial". "El parque ejerce en la ciudad el control de la natalidad". El Ghetto, "donde jamás ha entrado la higiene"... vive todavía como en el Antiguo Testamento: en él "se ayuna todo el día, por conveniencias de economía, y se presta dinero al diez por ciento".

Y los seres, cuántas observaciones cáusticas le merecen! El incendio, para ir al seguro, como negocio lucrativo: "Con una cecilla salió de apuros el pobre Samuel!" La policía, en el speakeasy, donde se venden licores prohibidos, estampada en la graciosa, dolorosa estrofa final: "E inmediatamente, para que se cumpla la Constitución, el agente se toma un aguardiente y cobra su comisión". La estenógrafa, "que por parecer bella prefiere no comer" y lo sacrifica todo al placer de la moda, "hasta los últimos pudores de mujer". La francesa, que se presenta romántica y que "resulta una maestra en el arte para el cual aparentaba esquivarse". La *flapper*, "de blonda cabellera y de fácil amor" y que, con habilidad espléndida

vive explotando el deseo "en la subasta pública de la sensualidad".

Son comprimidos, son síntesis terribles, admirables de penetración y de fuerza los poemas de este descubridor de lacras en la opulencia y en el deslumbramiento, que en pleno Riverside llegó a la conclusión de que "la velocidad es la única interpretación que Nueva York da a la palabra Libertad". En Sepúlveda había un moralista sin el ceño fruncido, que soltaba sus condenaciones entre carcajadas, y un prosista "que le daba de comer al poeta", como dice su hermano.

L. E. NIETO CABALLERO.

*Margarita Ramírez tuvo un hijo*, J. C. MARTÍNEZ.—Bucaramanga, Ed. La Cabaña, 1938.

Juan Cristóbal Martínez, como novelista, es el mismo ingenioso y desenfadado cronista que ha hecho célebre el seudónimo de *Juancé* en toda la República. Con el llamativo, sugestivo título de *Margarita Ramírez tuvo un hijo* ha obtenido una victoria ruidosa. Es un libro que se lee de corrido, sin soltarlo, por su amenidad, su gracia, la fina observación, las estupendas descripciones, el cariño al pasado, la noble presentación de tipos desaparecidos. Tiene el calor de la tierra y su color, la deliciosa evocación de tiempos idos, el elogio de las virtudes, de las costumbres, de las poblaciones santandereanas.

La trama de la novela, de sostenido interés, no llega a la tragedia, como todo parecía hacerlo sentir, sino a un acomodamiento raro, inverosímil. Margarita Ramírez, muy bella, muy esbelta, de familia en que habían predominado las locas de su cuerpo, vino a ejercer la profesión de hetaira en Bogotá. De ella se enamoró un muchacho santandereano, a quien trataba con dulzura, pero a quien no concedía otros favores que los de sus promesas. Con el tiempo vino a saberse que era hijo de ella. Ella lo sabía. De ahí su reserva. Pero cuando, de regreso a Bucaramanga, en vísperas del matrimonio de su hijo, el origen de éste se descubre, no pasa absolutamente nada. Nada, sino que en el banquete de bodas, a la hora de los brindis, el novio levanta la copa y exclama: "Mamá, por tí! Ahora podemos gritar a las gentes, con orgullo, lo que hace treinta años tenías que ocultar por vergüenza, que Margarita Ramírez tuvo un hijo".